

he de volver á subir á este monte, y sé que no todos los dias, ni siquiera la mitad de los del año, se dan casos de que el volcan devore á los que lo visitan, me decido á pasar algunas horas en este infierno, no sin invocar antes mi buena estrella y jurarle á mi susto y mi zozobra que, si libramos hoy con vida, lo cual es bastante fácil, mañana perderemos de vista estas regiones de mortales riesgos y pondremos el rumbo hácia la patria, —donde, por la misericordia de Dios, no hay volcanes por ahora.

Los que hayan sentido un terremoto, comprenderán el miedo miserable que respiran estos discursos.

El hombre de mas ánimo transigirá con otros peligros de muerte. La inundacion, el incendio, la guerra, el frio, el naufragio... todo esto ofrece alguna ráfaga de esperanza á la temeridad del hombre... Pero cuando la tierra tiembla; cuando el abismo se abre; cuando el mundo que nos sostiene se aniquila... ¡qué somos, qué podemos ser, qué hemos de esperar los débiles mortales!

Contra el Vesubio encolerizado no habria defensa, ni grados en la desdicha.

El tránsito seria de la vida á la pavesa, del ser á la nada.

¡Y luego, el terror al cataclismo; el duelo natural de la criatura al ver desorganizarse la creacion!

¡Ah! morir con el mundo, es caer de un golpe en la insondable eternidad.

Habrá quien no tema á la muerte; pero yo no creo que nadie dejaria de temer al fin del mundo si lo viese próximo.

Y no seria solamente de miedo al Juicio final.

Con que almorcemos.

El guía nos conduce á un paraje de esta cima, algo distante del cráter, donde la ceniza se presenta mas blanca y accidentada que en parte alguna.

Este lugar se llama *la Cocina del Diablo*.

Los ingleses han introducido la costumbre de asar huevos en aquella ceniza, para lo cual basta dejarlos un momento sobre ella.

Nosotros hacemos lo que los ingleses; y con esto, y queso de Parma, vino de Capri y pan—que son todas nuestras provisiones,—almorzamos alegremente, aunque no sentados; pues, como podreis comprender, nuestro objeto no es asarnos á nosotros mismos.

En seguida subimos á la parte mas eminente de esta cumbre, y nos solazamos con el panorama mas grandioso que puede imaginar la poesia.

En torno nuestro, el volcan humeante, los valles cubiertos de lava, la *Somma* (pequeña cordillera de betunes y cenizas, separada del Vesubio el dia de la destruccion de Pompeya), los pueblecillos que bordan el pie de este monte; y despues Nápoles... el mar... las islas, las llanuras de la Campania, infinidad de blancas ciudades esparcidas entre verdes paisajes, las montañas azules, la inmensidad de un purísimo horizonte!...—Es un espectáculo arrebatador.

A las tres de la tarde, á la hora apocalíptica, emprendemos nuestra retirada.

Cruzamos todo el monte en direccion contraria á la que hemos traído, y nos asomamos al gran valle de lavas que va á morir cerca de *Herculano*.

La bajada solo es posible de una manera; ya sabeis de cuál.

Nos tendemos casi enteramente sobre la ladera de la montaña; nos apoyamos en los bastones ferrados; clavamos los talones en la ceniza, y nos dejamos ir con toda velocidad.

Cinco minutos despues nos hallamos á media legua del cráter y mil metros por debajo de la cumbre del Vesubio.

¡Estamos libres!

## VI.

### *Herculano.*

Antes de continuar nuestra bajada, nos dirigimos á la célebre *Ermita de San Salvador*, donde se bebe el mejor y mas legítimo *lacryma Christi* de la comarca.

Desde allí volvemos á precipitarnos, aunque ya por pendientes mas suaves, hasta llegar á *Resina*, que no es sino la antigua *Retina*, puerto de la ciudad de *Herculano*, cuyas ruinas vamos á visitar.

La catástrofe de *Herculano* fue diferente de la Pompeya. La misma erupcion de 79 lo inundó de un lodo volcánico, duro hoy como el granito, sobre el cual vinieron despues diversas corrientes de lava hasta formar encima la ciudad una compacta mole de *treinta y cuatro metros* de espesor.

Herculano permaneció tambien desconocido y olvidado durante diez y seis siglos y medio, hasta que en 1711, Manuel de Lorena, principe d'Elbeuf, habiendo sabido que un panadero de Resina, al abrir un pozo en busca de agua, habia encontrado muchos y muy buenos mármoles labrados, mandó hacer grandes escavaciones en aquel lugar y encontró el famoso teatro de Herculano.

Despues se han descubierto algunas calles, una *basilica* y dos ó tres *villas* llenas de magnificas estatuas y de papyrus; pero como las escavaciones se han tenido que hacer por medio de pozos y de galerías subterráneas, á causa de la gran profundidad á que se halla la abrasada ciudad y de la dureza de la materia que la obstruye, se han vuelto á tapar casi todos los lugares explorados, á peticion de las ciudades que se levantan hoy sobre ella.

Herculano era un pueblo mas artístico que la ciudad comercial que recorrimos ayer: asi es que en sus edificios se han encontrado muchas de las mas bellas estatuas que adornan *el Museo Borbónico*.

Fuera de este interés, muy escaso es el que ha ofrecido Herculano, sobre todo despues del descubrimiento de Pompeya. El tener que visitarlo á la luz de las antorchas, encontrando á cada paso los pilares levantados para sostener el terreno sobre los monumentos que no han vuelto á taparse, quita su pasmosa verdad á los objetos y aleja toda ilusion del ánimo del que los mira.

A lo menos yo, al recorrer aquel vasto teatro, al que se baja por muchos





Pescador napolitano.

escalones, no he experimentado ni remotamente las emociones que me agitaron ayer en Pompeya.

Para que los despojos de los siglos aparezcan con toda su severa melanc-

lia, es necesario que los alumbrén las inestinguibles luces de la naturaleza,—el mismo sol ó la misma luna que los alumbrara en sus tiempos de esplendor.

Estamos de vuelta en Nápoles.



Mazzini.

VII.

De Nápoles á Madrid.

22 de enero.

Llegó el momento de desandar nuestro camino y de poner el rumbo á la distante patria.

Después de las últimas escenas que te he descrito, no debo referirte, ni me han impresionado mis visitas á *Capri*, *Capua*, *Caserta* y *Mola*.



Solo te diré que en *Capri* he visto la famosa *Gruta Azul* que conocerás por las catalinetas (hoy cosmoramas); que la *Capua* actual no es la de las *delicias*, ni se levanta en el mismo lugar que aquella otra (situada á media legua de la de hoy y de la cual solo quedan las ruinas del Anfiteatro) en que descansó Anibal despues de la batalla de Cannas; que en *Caserta* he admirado el magnífico *Palacio* que allí tienen los reyes de Nápoles, debido tambien á Carlos III; y que en *Mola* he visto algunos piamonteses heridos y oido algunos cañonazos de Gaeta y del campamento sitiador.

En Mola, como en Fondi, he pugnado por visitar el campo de los piamonteses; pero aquí, como allí, me lo ha impedido la sola circunstancia de ser español.

Sin embargo, he sabido de una manera auténtica que la escuadra francesa se marchó anteayer dejando libre el mar á los buques sardos, y que Gaeta se halla en vías de rendirse.

Ha terminado, pues, el antiguo reino da Nápoles.

Te decia que ha llegado el momento de regresar á España.

El vapor *Carmel* nos espera...

Partamos.

Y al partir, demos un adios del alma á esta region encantadora, á este cielo de amor, á este golfo cristalino, y al formidable Vesubio, de cuyas iras nos hemos librado.

*Ver á Nápoles... y morir... No: Ver á Nápoles y volver...*—Hé aquí lo que yo esclamo al separarme de sus costas.

¡Volver á Nápoles!—Dios me permita cumplir este voto.

Al oscurecer pasamos por Gaeta.

Truena el cañon...—Es el estertor de agonía de la vieja Italia...

¡Salud á la nueva Italia que se levanta del sepulcro!—Pero ¡honor tambien al último campeón de la historia! ¡Honor asimismo á la hermosa heroina de Gaeta, á la reina destronada!

Dia 25.

Nos amanece delante de Civita-Vecchia.

La escuadra española se halla fondeada en el puerto. Acaba de llegar de Gaeta. ¡Cómo alegra mi alma la bandera roja y amarilla!

Aquí me separo de Dióscoro Puebla, á quien acompaño hasta el muelle.

El salta á tierra y se dirige al ferro-carril. Esta noche se hallará de vuelta en Roma.

Yo vuelvo al vapor, donde me paso el dia, viendo á lo lejos las melancólicas llanuras del Estado del Papa, y evocando mis recientes memorias de la ciudad eterna.

A las cuatro de la tarde levamos anclas con rumbo á Liorna.

Hace un tiempo hermosísimo: el horizonte, azul y despejado, se pierde de

vista hacia poniente: el sol, al ocultarse, nos deja ver la erizada silueta de la isla de Córcega, por delante de la cual pasamos á muchas leguas de distancia.

El capitán del vapor me señala una isla pequeña que se ve mas acá, á unas tres leguas de nuestro derrotero.

Es la *Isla de Monte-Cristo...* con la cual tanto he soñado.

A la noche se toma el té y se baila sobre cubierta, á la luz de la luna, que esclarece los cielos y la mar en toda la plenitud de su belleza.

Yo mido con la vista la triple estela rutilante que la quilla y las ruedas del vapor dejan en pos de sí, y la descuento de la distancia que me separa de tantos seres queridos, y fluctúo entre la pena de dejar á Italia y la alegría de acercarme al suelo que me vió nacer.

Las hermosas y elegantes pasageras se han cansado de bailar y descenden á sus camarotes, acompañadas de sus amantes, de sus maridos ó de sus padres.

Yo quedo solo sobre cubierta.

El capitán y el timonel cruzan algunas señales ó se dirigen algunas palabras de un extremo á otro del buque.

A las doce de la noche distingo tierra á derecha é izquierda, y mas de un faro que nos avisa los riesgos...

Pasamos entre Piombino y la Isla de Elba.

Dia 24.

Al ser de dia estamos en Liorna.

Reconozco el puerto á que arribé hace cerca de dos meses, cuando aun no habia visto á Florencia, Roma y Nápoles.

Mis deseos y mis esperanzas de entonces, hánse trocado en plácidos recuerdos...

Tampoco salto aquí á tierra, y eso que Liorna está de gala, llena de colgaduras y flores y atronada de músicas militares.—Hoy deben llegar á ella los hijos de Victor-Manuel, con direccion á Florencia, donde van á pasar el Carnaval.

En efecto: á eso de las diez llega al puerto una fragata de guerra, que pasa rozando con el *Carmel*...

Toda la Toscana sale á recibir á los hijos del rey *galantuomo*.

El príncipe Humberto, el heredero de la corona, es un corpulento mancebo, sumamente grave á pesar de que solo cuenta diez y siete años.

¿Quién puede leer en el porvenir de ese príncipe? ¿Recibirá la corona de toda Italia de manos de un Papa? ¿Será solo rey del Piamonte? ¿Herederá siquiera le derecho de vivir al pie de los Alpes?

Son las siete de la noche. Salimos para Génova.

Dia 25.

Al amanecer, avistamos la *cittá di Maria Santissima*.

Al saltar á tierra encuentro á Caballero y á Jussuf.



A las diez salimos juntos para Turin.

En Génova era ya primavera; pero al pasar los grandes túneles del Apenino, nos encontramos con una espantosa nevada que cubre todo el Piamonte.

La verdad es que estamos en enero.

¡Adios, pues, á las encantadas regiones del Mediodía, y salud á los nevados Alpes!

En Turin asisto al estreno de *Un ballo in maschera*, y oigo *la Norma* á CAROLINA TITIEN, que, en mi concepto, es la mejor cantatriz del mundo.

Al mismo tiempo veo en el *Teatro Reggio* á Víctor-Manuel y á César Cantú.

El día 5 de febrero paso el Monte-Cenis, á media noche, en un trineo que se desliza por la nieve helada, como yo me deslize por el Mont-Blanc y por el Vesubio.

¡Nada mas grandioso que la vista de los Alpes, revestidos de toda la nieve del rigor del invierno y alumbrados por la luna!

En cuanto al frio que aqui se siente, solo puedo compararlo por antítesis con el calor que tuve al borde del volcan.

Al dia siguiente (6) al amanecer, cruzo las silenciosas calles de Paris, que duerme profundamente.

El 7 llego á Burdeos...

El 8 á media noche paso la frontera y entro en tierra de España...

¡España!

No temas, amigo mio, que ofenda tu sensibilidad, definiéndote la santa alegría con que pronuncio este nombre; con que respiro el aire de la patria...

Tu corazon la adivinará fácilmente.

Despues de lo cual solo me resta decirte que ayer, 11 de febrero, lunes de Carnaval, llegué á esta villa y córte de Madrid; que me vestí de máscara y te busqué en el Prado; que te hablé y no me conociste; y que en castigo de no haber adivinado la emocion con que aquella máscara estrechaba tu mano amiga, me abstengo de manifestarte lo que pienso acerca de la unidad italiana,—á pesar de habértelo prometido muchas veces.

*La elocuencia es plata; pero el silencio es oro*,—dicen los orientales.

Y, hablando en plata, yo no sé qué pensar de la cuestion de Roma.

FIN.

## INDICE.

	Páginas.
DEDICATORIA. . . . .	5
PRÓLOGO. . . . .	7

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### FRANCIA.

I. Marsella. . . . .	11
II. De Marsella á París. . . . .	20
III. Los boulevards. . . . .	29
IV. París, metrópoli del mundo.—La plaza de la Concordia. . . . .	32
V. Escursion al campo.—Mr. Iriarte.—La isla de Croissy. . . . .	38
VI. El pescador Mauricio.—Costumbres parisienses.—Un suicida.—La misa de Bougival. . . . .	45
VII. Dos conciertos.—Muerte y entierro de la duquesa de Alba. . . . .	60
VIII. Garibaldi y la Rigolboche.—Tendencias de la literatura y del arte.—Carácter de nuestra época.—Napoleon III.—El español en Francia. . . . .	70

### CAPÍTULO II.

#### SABOYA Y SUIZA.

I. El monte Jura.—¡Benditas sean las montañas! . . . . .	85
II. Ginebra.—Una tarde en el lago. . . . .	89
III. Saboya recién anexionada á la Francia.—Tipos y costumbres.—Arcos triunfales.—Los Alpes.—¡El Mont-Blanc!—Chamounix.—Donizetti.—La noche y la nieve. . . . .	97
IV. Fisiología del mulo, del jumento y del caballo.—A seis mil pies sobre el nivel del mar.— <i>La Mar de Hielo</i> .—Avalanchas.—El Album de la <i>Flechere</i> .—Contemplacion.—Puesta de sol. . . . .	107
V. Otra vez Suiza.— <i>La Tete-Noire</i> .—Unas inglesas.—El Valle del Ródano.—El Monte San Bernardo.—Martigni.—Sobre los tontos.—Sion.—Brig.—Entreveo la Alemania.—Prisioneros de Castelfidardo.—Paso del Simplon.—El hospicio.—Los perros.—Aparicion de Italia. . . . .	122

### CAPÍTULO III.

#### EL PIAMONTE.

I. <i>El Lago Mayor</i> .—Un domingo en las <i>Islas Borromeas</i> .—La familia de San Carlos.—Milicia nacional.—La cuestion de Italia.—Novara y Magenta. Llegada á Turin. . . . .	143
II. Turin.—Resúmen de su historia.—Un paseo por la ciudad.—Emmanuel Filiberto de Saboya.—El Palacio Real por dentro.—Turin á vista de pájaro.—Las inglesas de Martigni.—Una ópera en Italia.—Jussuf. . . . .	167